

dose á la puerta del cementerio, vió junto á una tumba recientemente cerrada una mujer vestida de blanco con una corona con doce estrellas que brillaban con un brillo deslumbrador.—¿Quién sois, señora? preguntó temblando la pobre penitente.—Y la mujer vestida de blanco le contestó:—Soy *María*.—¡Oh madre mía, María llena de gracia. Dios te salve! exclamó la piadosa penitente. ¿Podrá preguntaros vuestra humilde sierva cómo os halláis á tales horas entre los muertos?—Sí, hija mía; esta tumba que ayer se abrió, contiene los obsequios que depositaron en ella con sus lágrimas, las compañeras tuyas que vinieron á enterrarla. Se llamaba María, como yo, y me amaba con todo su corazón, y cuando la llamó la muerte me ha invocado hasta el último momento. Su piedad y su inocencia me movieron hasta el grado de pedir á mi Hijo que me permitiese venir á recoger su alma, y me lo ha concedido.» Al acabar de pronunciar estas palabras la mujer vestida de blanco y coronada de estrellas, se inclinó sobre la tumba, separó con la mano derecha un polvo de tierra y apareció una paloma blanca como la nieve, que posándose suavemente sobre el blanco ropaje de la Virgen, voló con ella al cielo. Arrodillada la penitente y llena de un santo respeto contempló á su divina Madre, diciéndola con amoroso transporte: Oh Madre mía, venid también á la hora de mi muerte por mi alma. Quiera Dios, hermanos míos concederos la misma gracia como yo se lo pido.—**ASÍ SEA.**

VISITACION DE LA SANTISIMA VIRGEN

DÍA DIEZ

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Quæ est ista quæ ascendit per desertum, sicut virgula fumi ex aromatibus myrrhæ et thuris, et universi pulveris pigmentarii?

Cant., III, 6.

Quam pulchri sunt gressus tui, filia principis!

Cant., VII, 1.

Quam pulchri super montes pedes annuntiantis bonum.

Isa., LII, 7.

Area fœderis Domini veniat in medium nostri ut salvet nos!

I. Reg., III, 3.

Ecce dilectus meus venit, saliens in montibus, transiliens colles: en iste stat post parietem nostrum.

Cant., II, 3.

Ponam visitationem tuam, pacem, dicit Dominus; et occupabit salus muros tuos.

Isa., LX, 17-18.

Effundam Spiritum meum super semen tuum, et benedictionem meam super stirpem tuam.

Isa., XLIV, 3.

Hodie salus Domini huic domui facta est; venit enim filius hominis querere et salvum facere quod perierat.

Luc., XIX, 6.

En dilectus loquitur mihi: Surge, propera, amica mea.

Cant., II, 10.

Benedixit Dominus domui huic et omnibus que habebat.

I. Paralip., XIII, 14.

Venit mihi gaudium a Santo, super misericordia que veniet ab aeterno salutari nostro.

Baruch., IV, 22.

Ecce Deus salvator meus, et factus est mihi in salutem.

Isa., XII, 2.

Quid est homo, Domine, quod memor est ejus, aut filius hominis, quoniam non visitas eum?

Psal., VIII, 5.

Venite, audite, et narrabo, omnes qui timetis Deum, quanta fecit anime mee.

Psal., LXV, 16.

Habitavit arca Domini in domo Obededom tribus mensibus, et benedixit Dominus omnem domum ejus propter illam.

II. Reg., VI, 11.

Laudabo nomen Dei cum cantico, et magnificabo eum in Laude.

Psal., LXVIII, 31.

Viderunt eam, et beatissimam predicaverunt, et laudaverunt eam.

Cant., VI, 8.

Aperite portas quoniam nobiscum est Deus, qui fecit virtutem in Israel, et in me ancilla sua adimplevit misericordiam suam quam promisit domui Israel, et interfecit in manu mea hostem populi sui.

Judith, XIII, 13-18.

Exsurgens autem Maria in diebus illis abiit in montana cum festinatione in civitatem Juda, et intravit in domum Zachariae, et salutavit Elisabeth et factum est, ut audivit salutationem Mariae Elisabeth, exultavit infans in utero ejus, et repleta est Spiritu Sancto Elisabeth, et exclamavit voce magna, et dixit: Benedicta tu in mulieres et benedictus fructus ventris tui; et unde hoc mihi, ut veniat mater Domini mei ad me? Ecce enim ut facta est vox salutationis tuae in auribus meis, exultavit in gaudio infans in utero meo et beata quae credidisti, quoniam perficienter ea qua dicta sunt tibi a Domino: et ait Maria Magnificat anima mea Dominum.

Luc., I, 39-46.

Mansit autem Maria cum illa quasi mensibus tribus, et reversa est in domum suam.

Ibid., 56.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. María, después de haber oído todas estas cosas, se apresuró á dirigirse á las montañas de la Judea. No porque no diese entera fe al oráculo divino, ni porque dudase del mensaje del ángel, ni mucho menos porque titubearse en creer lo que le había dicho de su parienta: sino que satisfecha de haber cumplido los votos que por su prima había hecho, y llevada por el amor que le tenía se apresuró á ir á su encuentro para manifestarla el gozo que inundaba su alma. La que estaba próxima á ser madre de Dios no podía dejar de seguir este camino, que es el que inspira la gracia divina. (*San Ambros. in Luc. I. II.*)

II. Acabáis de ser testigos, ¡oh vírgenes! del pudor de María; contemplad ahora su humildad. La que está más lejos es la que se pone en camino; la más joven va en busca de la de edad más avanzada, y no sólo es la que emprende el viaje, sino que es la primera que saluda. La humildad de una virgen debe caminar en proporción con su castidad; no ha de ser la una menor que la otra; este conjunto es una prueba de grande amor, pero es á un mismo tiempo una grande enseñanza, pues nos da el ejemplo de una persona superior que va en busca de otra que le es inferior, para prestarle un gran servicio. María va en busca de Isabel, así como Jesucristo va en busca de San Juan. (*Id. Ibid.*)

III. Tan pronto como se dejó oír vuestra voz para saludarme, el hijo que llevo en mis entrañas se estremeció de gozo; y ensalza la fe de la que creyó y dice: «Dichosa vos que no habéis dudado, porque todo lo que se os ha dicho de parte del Señor se cumplirá.» Halagadoras son estas alabanzas, pero la humildad sincera, que nada conserva para sí, hace recaer estas felicitaciones sobre aquel que es el verdadero principio de los bienes que acaban de ensalzarse. Vos exaltáis á la Madre de Dios, dice María, pero mi alma glorifica al Señor. Me decís que al oír mi voz se ha estremecido de gozo el hijo que lleváis en vuestro seno, y mi espíritu se ha regocijado en Dios mi Salvador, como el amigo del esposo es feliz escuchando la voz del esposo. Llamáis dichosa á la que ha creído, y la causa de mi fe y de mi dicha se halla en la bondad divina que ha permitido que desde hoy me llamen bienaventurada todas las generaciones, porque el Señor se ha dignado echar una mirada de bondad sobre su sierva. (*S. Bernard. I. 12. de Prærogat. B. M. V.*)

IV. Bendita eres entre todas las mujeres; sí, verdaderamente bendita, porque el Señor te ha consagrado como el santuario en que debía habitar. Vos sois la que por el

privilegio admirable de la maternidad divina, lleváis en vuestras entrañas de un modo maravilloso al que es á un tiempo hombre perfecto y Dios perfecto. (*S. Andrés de Creta, orat in salut. angelic.*)

V. Al llegar María se estremeció el hijo de Isabel, porque oyó hablar al Verbo de Dios por boca de María y en el seno mismo de su madre hacía esfuerzos por ir al encuentro de su Dios. (*Hieron. Epist. ad Letan.*)

VI. No sin motivo se ha dicho que Juan se estremeció en el seno de su madre, porque le fué concedido que conociese la causa de su nacimiento antes de abrir los ojos á la luz, y sintiese antes de nacer. (*S. P. Chrysolog. serm. 97.*)

VII. Juan sintió antes de nacer un estremecimiento profético, como si quisiese preludiar desde el seno de su madre el grito que saldrá más tarde de su boca. «He aquí al Cordero de Dios.» (*S. Leo. Serm. 4. in Epiphán.*)

VIII. No ha nacido todavía y habla ya por medio de estremecimientos; todavía no se han abierto sus ojos á la luz, y quiere comenzar ya su misión de precursor. (*S. P. Chrysolog. serm. 27.*)

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

En este misterio, Isabel se anonada y humilla. «¿De dónde me viene esta dicha, exclama? Pero este hecho es más extraordinario. Juan no ha nacido aún y sin embargo se estremece al acercarse al Salvador. María poseída por el Espíritu del Señor, entona su divino cántico: «Glorifica mi alma al Señor.»

En medio de tantas maravillas y de tantos milagros, sólo Jesús deja de obrar; sólo Él permanece en silencio, y sin embargo Él es el alma de este misterio. En esto es

en lo que se realiza esta palabra del profeta: *Vere tu es Deus absconditus*. ¡Cuánto dice el maravilloso reposo de Jesús! El gran misterio del cristianismo consiste en comprender la secreta operación de Dios en las almas. Dios descendió del cielo á la tierra para comunicarse con los hombres, ya haciéndoles participar de sus misterios, ya dándose á ellos por medio de la comunión..... pero en la soledad es donde más siente el alma que está cerca de Él. ¿Qué debe hacer un alma á quien se aproxima Dios por la gracia y por frecuentes visitas que le hace? Llevar en sus visitas estas tres disposiciones:

1ª Disposición de humildad y anonadamiento, y decir desde el fondo del corazón estas admirables palabras de Isabel: «¿De dónde me viene esta dicha. *Unde hoc mihi?*»

2ª Disposición de trasporte divino y de estremecimiento como Juan: *Exultavit*.

3ª Disposición de paz, de calma, de reconocimiento como María: *Magnificat anima mea Dominum*.

Para arrancar á María de su dulce soledad y hacerla encaminar sus pasos á las montañas de Judea, debía existir un motivo muy poderoso; este motivo era la caridad.

I. María se llamó sierva del Señor, pero quiso hacer todavía algo más, pues quiso convertirse en sierva de una pobre criatura.

II. No se contentó con servir á la madre, pues sabe que lleva en su seno al que debe santificar al mundo entero. La visita para que su hijo sea santificado también antes de nacer.

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. Cuando la Virgen bendita hubo comprendido por las palabras que pronunció Isabel, que el misterio que encerraba en su seno había sido revelado, transportada de alegría, llena del Espíritu de Dios y abrasada de

amor, entonó el más suave y delicioso cántico al Señor; se sintió impulsada á cantar, ella que raras veces interrumpía el silencio, porque la inspiraba el Espíritu de Dios. ¡Dichosos los oídos que oyeron el alegre canto que salió de su boca virginal! No han oído otro igual los humanos oídos desde el principio del mundo; no sin razón se le designa con el nombre de cántico por excelencia, de cántico de los cánticos, porque es superior á todos por la majestad de su autor, por la dignidad de su objeto y por su magnífico estilo. La Escritura menciona los cánticos de algunas mujeres célebres: Débora cantó su victoria sobre Sisara; Judith su triunfo sobre Holofernes; la hermana de Moisés la muerte de Faraón, sepultado con su ejército en el Mar Rojo. También cantó Ana sus alabanzas á Dios por el nacimiento de su hijo Samuel. Pero ¿qué valen esas inspiraciones al lado del entusiasmo divino de nuestra gran profetisa? No canta la victoria de grandes conquistadores; otros motivos más elevados inspiran sus acentos. Celebra grandes misterios y revela grandes bienes. Canta al Criador que reposa en su seno, al Verbo que se ha hecho carne, las entrañas misericordiosas de la bondad divina; canta á los grandes humillados y ensalzados á los humildes; canta el poder del amor, la salvación del mundo, la derrota del demonio y la destrucción del pecado.

Su admirable estilo corresponde á la altura del misterio; es suave, breve, delicado, límpido, abundante, armonioso, gracioso y amable, y está lleno de unción y piedad. Nunca habló de esta manera mujer alguna; jamás entonó virgen alguna tan melodioso canto. Callad, oh Musas de todos los siglos; y callad vosotras también, Musas del paganismo. El harpa real hace oír sus melodiosos acordes; la Madre de Dios es quien canta: «Glorifica mi alma al Señor.»—(*Santo Tomás de Villanueva, sermones*).

II. Imitad vosotras, ¡oh vírgenes cristianas! á la gloriosa virgen, y trepad como ella á las colinas y montañas de la virtud. Id á la cuna de la perfección, y franquead los escarpados caminos de la institución evangélica. Ese es el término de vuestra vocación cristiana. Penoso y elevado es el camino de la virtud; difícil es cruzar los breñales que nos llevan á la vida de la perfección, y conozco todos los rigores de la penitencia. Valor se necesita, sí, para subir á la cumbre de la perfección; ninguna alma cobarde llegará á ella, y todo corazón voluptuoso resbalará al comenzar el camino.—(*Id. ibid.*)

III. La gracia de la vocación está figurada en la iluminación repentina que recibió el Santo Precursor en las entrañas de su madre. Si meditáis sobre este milagro, descubriréis en él la imagen de los pecadores á quien llama Dios á la gracia. Oculto está Juan en la oscuridad de las entrañas maternas. ¿Dónde estáis vosotros, oh pecadores? Juan no puede ver ni oír. ¿Qué sordera y qué ceguera igualan á la vuestra, cuando inútilmente clama el cielo contra vosotros con tan terribles amenazas, y cuando no os ilumina la verdad que brilla de una manera tan manifiesta en el Evangelio? Jesús va en busca de Juan sin que éste se lo figure; le previene, habla á su corazón, le despierta y se atrae ese corazón antes dormido é insensible. ¿Pensábais vosotros en Dios cuando os movió por un toque secreto de su espíritu? ¿Qué luz fué la que os alumbró repentinamente en

medio de las tinieblas en que estábais sepultados? ¿Qué secreto instinto movió vuestros corazones? Vosotros no le buscábais, más Él os llamaba á la penitencia. Él es quien os inspira vuestra secreta displicencia, esa oculta tristeza que os hace desear la tranquilidad y os conduce á la penitencia. Húfais vosotros, más Él supo buscaros. Si os muestra en el estremecimiento de San Juan la imagen de los pecadores prevenidos, nos enseña también que María toma parte con Él en esta grande obra. Si Juan Bautista de este modo prevenido se esfuerza por salir de la prisión que le encierra, es porque le excita la voz de María: Apenas ha sonado tu voz en mi oído, he sentido que mi hijo se ha estremecido de gozo en mi seno. — «María, dice San Ambrosio, es la que ha elevado á Juan Bautista sobre la naturaleza. Conmovido este niño por su voz, sintió el espíritu de la piedad antes de respirar el aire.» Y según el mismo San Ambrosio: «La gracia de que estaba llena, era tan grande, que no solo conservaba en ella el don de la virginidad, sino que ella confería á las que visitaba esta señal de inocencia. Su voz fué la que hizo estremecer al hijo en las entrañas de su madre, y le hizo obedecer antes de ser engendrado. No es, pues, de admirar que conservase pura su integridad, puesto que la madre del Salvador le ungió durante tres meses con el óleo de su presencia y el perfume de su pureza.»—(Bossuet, *sermón sobre la devoción á la Santísima Virgen*).

IV. «¿De dónde me viene la honra de ser visitada por la madre de mi Dios?» ¿No hablan bastante estas palabras por sí solas? ¿No demuestran con bastante claridad el profundo respeto que tenía Isabel á María, el honor que le tributa y el culto que le consagra? Es como si le dijera: «Yo soy miserable y tú eres bienaventurada; yo soy pobre y llena eres tú de gracia; por mi larga esterilidad me veo despreciada de mi patria; y tú vas á ser glorificada por todos los pueblos y por todas las generaciones. Mi Señor y dueño de todos los hombres ha fijado en tí su morada y te ha escogido para madre suya. Yo tengo sobre tí las prerrogativas que dan los años; pero la elección divina, la gracia del Espíritu Santo y tus méritos infinitos te elevan sobre mí de tal manera, que no soy digna siquiera de besar las huellas de tus plantas.»—(B. Camisius, *De Virg. María I. IV. cap. III*).

V. Con la anuencia de José, cuya alma sencilla y elevada estaba en armonía con la suya, y que no tenía para ella más que un corazón y una voluntad, María partió de Nazareth en la estación de las rosas y se dirigió á las montañas de la Judea, donde vivía Zacarías. La Escritura, que olvida los detalles y refiere los acontecimientos para presentar los hechos, no dice si la Virgen fué acompañada durante este viaje; de esto han inferido algunos autores que lo hizo sola, lo que es contra toda verosimilitud. En efecto, la distancia de Nazareth á la ciudad de Ain, es de cinco dias de camino; siendo preciso atravesar una parte de la Galilea, la hostil Samaria, y casi todas las tierras de Judá. Además, el país está erizado de montañas, cortado por torrentes é intermediado de desiertos. Los caminos que después repararon los romanos, hundidos entonces por las fuertes pisadas de los camellos, y cubiertos de piedras resbaladizas, amena-

zaban á cada paso al viajero con una caída terrible. Cuando la noche se acercaba era indispensable dormir en algún parador de caravanas, en que no se encontraba sino un pequeño recinto desprovisto de víveres y amueblado con una simple esterilla de juncos, porque la hostilidad primitiva había marcado con sucesivos decrecimientos las diferentes fases de la civilización, entonces adelantada entre los hebreos. En semejantes circunstancias ¿es presumible que un hombre de bastante edad y experiencia como José hubiese expuesto por gusto únicamente á una joven bella, delicada, educada lejos del mundo y sencilla como la inocencia misma, á los peligros de todo género y á las incomodidades de toda clase que ofrecía este viaje solitario? Semejante pretensión está en contradicción con la historia del pueblo de Dios y con las costumbres del Asia; pues nunca una mujer judía se hubiera atrevido, sin una custodia respetable, á alejarse de su casa á semejante distancia.—(Orsini, *La Virgen*).

VI. ¿Qué admirable espectáculo el de esas dos mujeres, y, en esas dos mujeres, el de esos dos infantes en esa visita por otra parte tan sencilla, tan ignorada, tan oculta de María á Isabel! Dios quiso que fuese un niño quien manifestase al mundo á Dios niño, y una mujer la primera que conociese también y manifestase al mundo la madre de Dios. ¿Un niño y una mujer! Lo que hay de más débil y humilde, pero también más conforme al estado que él mismo quiso aparecer, para hacer brillar mejor á un mismo tiempo su descendencia y su grandeza. Y ¡qué maravilla nos descubre el encuentro de estos niños en el seno de estas madres! El uno en el vientre de una madre anciana y estéril; imagen de la ley antigua que no producía la gracia, sino que la prometía y esperaba: el otro, en el seno de una madre joven y virgen, pero fecunda; imagen de la Ley nueva fecunda en santidad, y llena de toda la abundancia de las gracias. Las dos madres de estos dos niños se juntan de cerca en este misterio, y la más joven viene á ver á la más anciana, porque la verdad sobreviene á la figura, el don viene á realizar la promesa, y las riquezas del segundo Adán se derraman sobre todas las miserias del primero. Y ¡cómo su conducta es ajustada á la grandeza de su situación! ¡qué afectos! ¡qué lenguaje! ¡qué humildad! ¡qué majestad!—(Nicolás, *la Virgen según el Evangelio, cap. X, p. 3*).

VII. ¿Qué cuadro tan sencillo á la par que sublime! En las montañas de Judea caminan dos pobres mujeres desconocidas de todo el mundo, una de las cuales ha ido con muchos trabajos á visitar á la otra, que es su parienta, y que por estar próxima á su alumbramiento necesita de cuidados más inmediatos. ¿Hay algo más sencillo que una visita hecha con tal motivo? ¿Vale esto la pena de que el Evangelio que según el Apóstol San Juan ha omitido tantas acciones y discursos de Jesús, se detenga en ello?

Pero téngase en cuenta que estas dos mujeres, felices con la prenda de maternidad que llevan en su seno, cuando una de ellas había sido estéril y la otra era virgen, sabían por la revelación de un ángel que darían á luz, la una al precursor del Mesías, y la otra al mismo Mesías; y además del motivo de caridad ordinaria que llevaba á María á la casa de su pri-

ma Isabel, la llevaba la santificación de su hijo. Esta es la razón que dió el concilio al instituir la fiesta de la visitación. Como quiera que sea, brotan de este asunto tres consideraciones importantes.

Tan luego como hubo franqueado María el dintel de la casa de Isabel, ésta sintió que se estremecía el hijo que llevaba en sus entrañas, y ella misma, presa de una alegría que sólo puede explicar una inspiración del cielo, exclamó abrazando á María: "¿De dónde me viene la dicha de que la madre de mi Salvador venga hacia mí?" Apenas ha sonado tu voz en mi oído, he sentido que mi hijo se ha estremecido de gozo en mi seno. Eres bienaventurada por haber creído, porque se cumplirá lo que te ha sido dicho de parte del Señor.—(*San Lucas, 1, 43, 45*).

¿Hay algo más admirable que el principio de esta entrevista? Nada tiene de vulgar ni de humano. Ninguna rivalidad hay entre estas dos mujeres privilegiadas; y aunque Isabel está en una posición más elevada por su edad y por su matrimonio, y aunque se ha obrado en ella un milagro, se baja y humilla ante su joven parienta, cuya visita recibe como un favor celeste. Isabel se glorifica en su fe y es la primera que proclama la maternidad divina. Oyelo tú, impío Nestorio. "¿De dónde me viene la dicha de que me visite la Madre de mi Salvador?" Conoce Isabel toda la distancia que separa á la madre de Dios, de la madre del profeta. ¡Cuánto aumenta nuestra fe el testimonio anticipado de la parienta de la Virgen y cuán elocuente y conmovedora es la lección de humildad que nos da!

Otra maravilla obra la gracia que penetra hasta el hijo de Isabel, abre su inteligencia y hace estremecer de gozo su corazón. No parece sino que tan pronto como siente la presencia de Jesús, hace un esfuerzo por romper los lazos que le aprisionan en el seno de Isabel, para ir á Jesús como un amoroso servidor y lanzarse al mundo como un celoso precursor. Esta impaciencia de Juan inculpa la cobardía y lentitud con que respondemos al llamamiento de la gracia. Esta es la segunda maravilla que se obró en esta entrevista.

Véamos cuál fué la tercera.

María va á contestar á su prima. ¿Será su respuesta una manifestación del orgullo satisfecho ó un cambio trivial de frases y felicitaciones? Callen todos y oigan todos. Hablad, María, y reveladnos los secretos de vuestro corazón. ¡Oh cántico sublime! Nada han producido ni la fe ni la poesía que pueda compararse con la *Magnífica*. "Glorifica mi alma al Señor, y mi espíritu se llena de gozo en Dios mi Salvador.

Porque ha puesto la mira en la humilde sierva suya; y ved aquí el motivo porque me tendrán por dichosa y feliz todas las generaciones. Pues ha hecho en mí cosas grandes y maravillosas el que es Todo-Poderoso, y su nombre infinitamente Santo. Su misericordia se extiende de generación en generación sobre todos cuantos le temen."

El primer motivo del éxtasis de María es la gloria que comunica á los humildes, y la confusión que produce en los soberbios. La luz profética le deja entrever como ya realizados los grandes acontecimientos que siguen á la venida del Redentor. "Extendió el brazo de su poder y dispó el or-

gullo de los soberbios trastornando sus designios. Desposeyó á los poderosos y elevó á los humildes. A los necesitados llenó de bienes y á los ricos los dejó sin cosa alguna."

¿No oís el ruido de los imperios mundanos que se desgajan? ¿No véis cómo se coloca la silla de San Pedro en el lugar mismo del trono de los Césares? La sabiduría profana que tenía cautivos los tesoros de la verdadera ciencia, se ha desvanecido ya. Hambrientos desde hacía muchos años y nunca nutridos con las verdades y los consuelos religiosos, recibían los pueblos con profusión el pan de la doctrina y bebían libremente en la copa de la salud, mientras que los pretendidos sabios se movían en el vacío y se secaban sus almas que desdénaban el alimento divino. Pero la palabra de María se extiende más allá y abarca hasta el fin de los siglos.

Querrá el mundo levantar nuevamente los tronos del orgullo: procurará una vana filosofía seducir las inteligencias y armarlas contra Dios. Los reyes mismos, olvidándose de que son hijos de la Iglesia, procurarán dominarla y aherrojarla. Sus esfuerzos serán tan inútiles como culpables. Los pueblos resistirán y la Iglesia vencerá un día, y será el último de los días; todos esos que han subido á las alturas de la presunción bajarán á los infiernos, y la virtud modesta subirá á los cielos. ¿No os admira la sublime audacia de esta profecía, hecha á tales horas por labios tan modestos y en una simple entrevista? Jamás ha sido oráculo alguno tan admirable ni tan preciso. ¡Quién hubiera podido creer que una mujer del pueblo llevaba en sus entrañas la causa de revoluciones tan considerables como las que anunciaba en términos tan magníficos? Dios se complace en confundir nuestros pensamientos vanos. Si un sacerdote lleno del espíritu de las Santas Escrituras, hubiese hecho oír estas palabras y las hubiese pronunciado con la certidumbre que da la inspiración, el mundo las hubiera admirado; pero plúgole al Señor humillar el orgullo de los sabios con la sabiduría de los humildes, y una sencilla proletería de diez y seis años fué la que predijo los admirables sucesos que no tardaron en realizarse.

Esta es la segunda causa del gozo de María. Ha llegado el momento en que la predicción se cumplirá, y ella lleva en su seno la prenda que nos lo asegura. Ya no debemos desear más ni esperar más. Dejad ya de dirigir vuestros ojos al cielo, los que deseáis la venida del Mesías y esperáis que descienda como un rocío celeste. Inclinaos ante María, que es la que lleva consigo las esperanzas del mundo. Ella es la que ofrece á la tierra el Redentor que encierra en sus entrañas. Le trae no sólo para llenar durante la vida de un hombre el destino de un hombre, sino para cubrir con su inmensidad la inmensidad de las edades: "porque Dios recibió á Israel su siervo acordándose de su misericordia." (*Luc. 1, 54*). ¡Cuánta gratitud debemos á Dios! ¡Cuán grandes son la justicia y la bondad divinas! Ha subido nunca tan alto la palabra del hombre? (*Monseñor Pavy, Obispo de Argel, Mes de María*).